

# Comunistas y ex-comunistas sobre el asesinato de Andreu Nin y la represión contra el POUM

## Índice

Jesús Hernández .....	1
Jesús Hernández Tomás (1907-1971): Esbozo biográfico.....	1
Extractos del libro <i>Yo fui un ministro de Stalin</i> .....	1
Santiago Carrillo.....	24
Extracto de <i>Eurocomunismo y Estado</i> .....	24
Fernando Claudín .....	24
Extracto de <i>La crisis del movimiento comunista</i> .....	24
Georges Soria .....	25
Extracto de <i>Guerra y revolución en España</i> .....	25
Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) .....	26
Declaración de <i>Treball</i> sobre Andreu Nin .....	26

## Jesús Hernández

### Jesús Hernández Tomás (1907-1971): Esbozo biográfico

Entró a los 9 años a las Juventudes Socialistas de España (JSE). Participó en la fundación del Partido Comunista de España (PCE) en el año 1921. Miembro de la dirección nacional del PCE desde marzo de 1930. En la Unión Soviética 1931-33. Miembro del Buró Político 1932. Desde 1936 se hizo cargo de la dirección del diario comunista *Mundo Obrero* (en Madrid).

1936 elegido diputado por la provincia de Córdoba en las listas del Frente Popular. Forma parte del gobierno de Largo Caballero en 1936 (cartera de Instrucción Pública). En 1937 (gobierno de Negrín) fue ministro de Instrucción y Sanidad y en marzo de 1938 fue Ministro de Defensa. A su salida del gabinete fue nombrado Comisario del Cuerpo de Ejércitos de la Zona Centro-Sur, que lo ejerció hasta la sublevación del coronel Casado (1939).

Después emigró a la Unión Soviética, donde fue designado representante del PCE en el Ejecutivo de la Internacional Comunista. Tras la muerte del secretario general José Díaz (marzo 1942) se enfrentó con Dolores Ibárruri, pero en 1943 fue enviado a México para intentar sacar de la prisión Ramón Mercader, el asesino de Trotski. En 1944 fue expulsado del partido bajo la acusación de llevar a cabo trabajo fraccional y actividades antisoviéticas.

Cuando la Kominform excomulgó al régimen de Tito en 1948, Hernández se acogió a la protección yugoslava para tantear la formación de un partido comunista independiente. En 1954 fundó en Belgrado el *Partido Nacional Comunista Español*. Los últimos años de su vida los pasó como asesor de la embajada yugoslava en México.

El libro *Yo fui un ministro de Stalin* se publicó en 1953.

### Extractos del libro *Yo fui un ministro de Stalin*

[...]

Días después, al llegar al Ministerio, Cimorra me entregó un pequeño sobre cerrado. En el interior una tarjeta. Leí:

”Querido amigo:

”Si no tiene usted otra cosa más importante que hacer, le espero esta tarde a las seis a tomar el té. Me urge hablarle.

”Le saluda

”Rosemberg.”

Pocas veces había hablado yo con el embajador soviético. Casi siempre le había visitado con motivo de fiestas o recepciones oficiales. Ahora su invitación era particular y urgente.

A las seis en punto estaba en la Embajada.

– Pase usted. Le esperan – me dijo uno de los secretarios.

En un confortable despacho, el excelentísimo señor embajador de la Unión Soviética.

– Gracias por haber venido – dijo tendiéndome la mano.

– No hay por qué, camarada Rosemberg. Sabe que me tiene a su disposición.

– Gracias. Tome usted asiento. Inmediatamente nos traen el té. ¿O prefiere usted café?

– Si le es igual, prefiero café.

Rosemberg tocó un timbre y ordenó:

– Café para el señor.

Tomó una preciosa cajita de laca rusa, con grabados en miniatura, y me ofreció un cigarrillo soviético de larga boquilla de cartón.

– Es mejor el tabaco de ustedes – dijo sonriendo.

– El tabaco es un problema de costumbre. Además, la mayor parte de nuestro tabaco no es nacional, es cubano – aclaré.

– Estoy esperando a un amigo; quiero presentárselo. Tiene sumo interés en conocerle personalmente.

En aquel mismo momento uno de los secretarios anunció la presencia del "amigo".

Rosemberg se levantó presuroso, con esa precipitación que antes que estima acusa respeto. El recién llegado estrechó la mano del embajador, y volviéndose hacia mí, dijo en un español acusadamente afrancesado:

– ¿Camarada Hernández?...

– El mismo.

– Yo soy... "Marcos"... Me gusta el nombre – dijo sonriendo.

Ya estaba acostumbrado a estos bautismos de los "tovarich" con nombres españoles y no di importancia alguna al hecho. Después supe que se llamaba Slutsky, y que era el jefe de la División Extranjera de la G.P.U. en la Europa Occidental.

– Vengo por muy poco tiempo, unos días nada más... Espero que usted me disculpe de haberle molestado, pero... no es oportuno que me vean entrar al Ministerio de usted o en la casa del Partido. Este lugar es más discreto... ¡Y es que hay ya tantos rusos en Valencia! ...

– Sí, ruso más, ruso menos, nadie se apercibe. Además, no creo que alguien tenga interés en vigilar a los rusos. Casi toda la policía está en nuestras manos – dije riendo.

– Pero hay servicios que el Partido no controla. Y sobre todo el de espionaje, camarada Hernández, el espionaje del enemigo – dijo con cierta vehemencia.

Nos sirvieron el té y el café, y mientras el pulcro camarero llenaba las tacitas con delicado esmero, observé al "amigo Marcos". Frisaría e los 50 años. Alto y desgarrado. Los hombros caían y el pecho hundido hacían de su estampa una imagen simiesca. Su cara angulosa se prolongaba en la afeitada cabeza, semejando, desde la barbilla a la coronilla un melón en posición vertical. Los ojos un poco rasgados y los pómulos salientes. "Un auténtico ruso" – pensé.

– ... de ello quería hablarle, precisamente de esto, del espionaje – insistió.

– Pues le escucho – dije con cierta curiosidad.

– Nuestro servicio exterior ha tenido conocimiento de que algunos elementos del P.O.U.M.<sup>1</sup> están haciendo gestiones para traer a Trotsky a España... ¿Sabía usted algo?

– Es mi primera noticia.

– Eso demuestra que los servicios de contraespionaje de la República son muy deficientes.

– Creo que no es deficiencia, sino poco interés por las andanzas del P.O.U.M.

---

<sup>1</sup> Sigla del Partido Obrero de Unificación Marxista, de tendencia trotskista.

– Eso es lo grave.

– No veo por qué.

Los rasgos del simiesco "amigo" se contrajeron, denotando disgusto.

– Si los hombres responsables del Partido no conceden importancia a esa banda de contrarrevolucionarios y agentes del enemigo, ello nos ayuda a comprender muchas cosas que están sucediendo en la guerra – dijo con dureza.

– En España, el trotskismo nunca nos ha desvelado el sueño. Y no sé qué influencia puede tener el P.O.U.M. en las cosas que nos están sucediendo – repuse con cierto afán mortificador.

– El P.O.U.M. tiene unidades en el frente – aclaró Rosemberg.

– No todas ellas han de ser comunistas, ¿o sí?

– Pero si no son comunistas hay que procurar que no sean del enemigo – insistió "Marcos".

– Ustedes pueden plantearse el problema en la U. R. S. S. de esa forma, pero en España nadie nos tomaría en serio si llamamos a los trotskistas agentes de Franco.

– ¡Pero son rabiosamente antisoviéticos! ¿No lee usted "La Batalla"?...

– Sí, la leo. Y muchas más cosas que a Stalin se nos dicen a nosotros. También las dicen los anarquistas, lo que no me lleva a deducir que nuestro objetivo principal sea el de enzarzarnos con ellos cuando Franco está disparándonos tiros a todos por igual.

– Ese es el error ¡ese, ese! ... – y los ojos oblicuos del viejo chekista me asaetaban con miradas fulminantes.

Rosemberg fumaba silencioso formando montoncitos de ceniza con el cigarro en el cenicero, como si estuviera ausente de nuestra conversación.

– Le hablo a usted con la autoridad que me da la experiencia – dijo "Marcos".

– Dígame, "Marcos", ¿por qué me han llamado, precisamente a mí, para decirme todo esto en vez de exponérselo personalmente al Secretario de nuestro Partido? Al fin y al cabo, él es quien debe plantear estas cuestiones en el Buró.

– Porque me han dicho en la "Casa" que usted es un hombre de acción, y para nuestro trabajo necesitamos hombres enérgicos y decididos.

– Les agradezco la confianza, pero el "hombre de acción" que había en mí ya pasó. Todo tiene su época. Y la mía ya fue.

– Donde ha habido, siempre queda – terció Rosemberg, con suave entonación de voz.

– No se trata ahora que vaya usted a poner bombas a la rotativa de Prieto... ¿Usted no sabía eso, Rosemberg? – dijo volviéndose hacia él con una sonrisa sinuosa –. Hernández quiso poner una bomba a la imprenta de Prieto en Bilbao.

– Entonces quise hacer eso... e hice cosas más estúpidas aún – repliqué disgustado.

– No; ahora se trata de otro asunto. Queremos que usted comprenda que es necesario proceder prácticamente contra el trotskismo, y que nos ayude. Su cargo de ministro puede facilitarnos el trabajo.

– Mi puesto de ministro me ha sido confiado por el Partido, y sólo cuando el Partido me ordene actuar en un sentido o en otro, puedo proceder – declaré ásperamente.

"Marcos" se acariciaba el puntiagudo mentón. Reflexionaba.

– Nuestros servicios se desarrollan un poco al margen del Partido – dijo.

Rosemberg sonrió imperceptiblemente.

”Marcos” le miró con fijeza.

– Creo – continuó ”Marcos” – que usted se hace cargo de la confianza que tal proposición representa para su persona. La ”Casa” le distingue...

– No creo que valga la pena insistir – corté –, perderíamos el tiempo.

La mirada de ”Marcos” tornóse de pronto más intensa.

– Aun no sabe usted de lo que se trata – dijo. – No.

– Se trata de que obran en nuestro poder documentos que demuestran los contactos del P.O.U.M. con Falange, y que es necesario proceder rápidamente.

– Si tales documentos existen, lo que procede es formular la denuncia y entregar a los tribunales a los responsables. Siendo verídicas las pruebas, no tenemos por qué obrar torcidamente.

– Necesitamos todavía obtener algunos datos más, para que no tengan escape.

– ¿Y en qué puedo serles útil?

– Por el momento, en nada. Es asunto de nuestro servicio. Pero a la hora de efectuar ciertas detenciones, quizá tropecemos con dificultades por parte de las autoridades, y en ese momento su colaboración puede ser decisiva.

– Entonces, véanme cuando tengan todos los elementos probatorios, y dispuesto estoy a llevar el caso al seno mismo del Gobierno.

– ¡Ya sabía yo que al final nos entenderíamos! – dijo con visible satisfacción.

Y después de una pausa:

– Orlov Vielayev se ocupan de esto. Le tendrán a usted al tanto.

Y dirigiéndose a Rosemberg:

– ¿Ha hablado usted con el Presidente del Consejo de este asunto?

– ¿De éste?...

– Me refiero al P.O.U.M. en general.

– Sí. Repetidas veces. Pero Largo Caballero se resiste a tomar medidas políticas contra los trotskistas...

– ¿Le ha dicho usted que ese asunto interesa extraordinariamente a nuestro Gobierno?

– Le he dicho que el mismo Stalin estaba interesado en él.

– ¿Y qué ha contestado?

– Que mientras actuaran dentro de la ley no había razón para proceder contra ellos, y menos para clausurarles los locales y suspenderles la prensa... que el suyo es un gobierno de Frente Popular.

– Frente Popular... Frente Popular... ¡Ya se lo haremos entender de otra manera – dijo colérico ”Marcos”.

Se levantó el chekista. Me tendió la mano, y a modo de confidencia, djome mientras nos despedíamos:

– Todo saldrá a la medida...

Cuando hubo salido me pareció observar en Rosemberg cierta transformación, algo así como una íntima satisfacción.

– Cuestión grave... Todas estas cosas son desagradables, aunque sean necesarias – dijo con melancolía.

Comprendí que Rosemberg no podía decir más con las palabras, pero más allá de ellas estaba la expresión de su gesto. "A este hombre le sucede algo semejante a mí" – pensé –. "Sin duda siente aversión por la G.P.U. o la teme".

– El amigo "Marcos" es un chekista *pur sang* – dije bromeando.

– Hum... – gruñó Rosemberg.

Me despedí.

Al estrecharle la mano no podía suponer que aquel hombre estaba ya sentenciado a morir con la nuca destrozada por un pistoletazo de los pur sang, en los sótanos de la Lubianka en Moscú<sup>2</sup>

[...]

En el Gobierno del doctor Negrín me fueron asignadas dos carteras: la de Instrucción Pública y la de Sanidad. Prieto desempeñaba la de Defensa Nacional. Zugazagoitia, socialista, la de Gobernación. La Dirección General de Seguridad el coronel Ortega, comunista.

Dos o tres días después de formado el nuevo Gobierno fui despertado de madrugada por una insistente llamada telefónica.

– ¿Quién habla?

– ¡Hola, Ortega!

– No des ninguna orden. Que vengan a verme al Ministerio.

– A las 10 les espero.

– Salud.

La N.K.V.D. estaba en funciones. La figura simiesca de "Marcos" acudió a mi memoria. Recordé que me había dicho "...Orlov y Vielayev le tendrán a usted al tanto"...

Ortega acababa de decirme que se había presentado Orlov en la Dirección General de Seguridad, pidiéndole ciertas órdenes de arresto contra varios dirigentes del P.O.U.M., sin que diera de ello conocimiento al ministro.

---

<sup>2</sup> El General Krivintsky, en su libro "Yo, Jefe del Servicio Secreto Militar Krivintsky, en su libro Yo, Jefe del Servicio Secreto Militar Soviético", pág. 150, escribe a este propósito: "Slutsky, Jefe de la División Extranjera de la G. P. U., fue encargado por Moscú para inspeccionar la policía secreta, que estaba modelada a imitación de la de Rusia. Llegó un día o dos después de mi marcha. La G. P. U. florecía entonces en todo el territorio republicano, pero se concentraba más en Cataluña, en donde los grupos independientes eran más fuertes y en donde también los verdaderos trotskistas tenían el cuartel general de su Partido.

"– Cuentan con buen material allí – me dijo Slutsky cuando volvió a París unas semanas más tarde–, pero carecen de experiencia. No podemos permitir que España se convierta en terreno libre y campamento de todos los elementos antisoviéticos que se han agrupado allí del mundo entero. Debemos hacer que sea un terreno sólido para nosotros. ¿Quién sabe cuántos espías habrá entre aquellos voluntarios? Y en cuanto a los anarquistas y los trotskistas, si bien son también soldados antifascistas, son enemigos nuestros. Son contrarrevolucionarios y tenemos que destruirlos hasta las raíces." (Slutsky fue "purgado" también en 1938 y fusilado por Stalin, J. H.)

Puntual, exacto, como un cronómetro, a las 10 de la mañana se presentaba Orlov en mi despacho.

Era un hombre de casi dos metros de estatura, elegante y fino en sus maneras. Hablaba el español con cierta soltura. No tendría más de cuarenta y cinco años. A primera vista nadie hubiera sospechado que tras de aquella aparente distinción se ocultaba uno de los más intransigentes y sectarios inkavedistas. Tenía el grado de comandante y fungía como ayudante inmediato de "Marcos", al cual no había yo vuelto a ver después de nuestra entrevista con Rosenberg en la Embajada soviética en Valencia.

Con la desenvoltura de los hombres que están habituados a que se les tema o respete, me alargó la mano a modo de saludo y tomó asiento con familiar naturalidad.

– Camarada Hernández, usted ha entorpecido esta madrugada nuestro trabajo – comenzó a decir con tono de admonición.

– Perdóneme, amigo Orlov, pero no sabía de qué se trataba... y aún no lo sé.

– Pero usted sí sabía que era nuestro servicio el que pedía las órdenes de detención – dijo en tono inquisitivo.

– Sabía que era usted uno de los que lo pedían, pero lo que no sabía era por qué y contra quien se pedían esas órdenes, que además debería ignorar el ministro.

– Hace tiempo que "Marcos" (Slutsky) me informó que usted se hallaba al corriente de nuestro trabajo y que estaba dispuesto a obviarnos dificultades oficiales.

– "Marcos" me habló de una trama de espionaje y le ofrecí, si era necesario, llevar el caso al seno del Consejo de Ministros. Eso fue todo.

Orlov me miró con cierto aire de ironía y mientras encendía y apagaba un bonito encendedor, me espetó:

– ¿Cómo dice?... ¿El Gobierno?... Precisamente se trata de lo contrario. El Gobierno no debe saber ni una palabra hasta que todo esté consumado.

– ¿Pero de qué se trata? – pregunté.

Orlov calló un momento. Encendí un cigarrillo y me dispuse a escuchar.

– ¿Forma usted parte de nuestro servicio? – me preguntó.

– No.

Orlov hizo un gesto de extrañeza.

Insistí:

– Ni ahora ni nunca.

Orlov encendía y apagaba su encendedor.

– Creí que era uno de los nuestros... Pero es igual – dijo entre dientes.

Y comenzó a narrar:

– "...Desde hacía tiempo venían siguiendo la pista a una red de espionaje falangista... Los elementos del P.O.U.M. estaban mezclados en ella. Se habían practicado centenares de detenciones... El más importante de los detenidos, un ingeniero llamado Golfín... había confesado todo... Nin estaba seriamente comprometido... Gorkín... Andrade... Gironella, Arquer... Toda la banda trotskista... Un tal Roca actuaba de enlace entre el P.O.U.M. y los falangistas en Perpignan... Una maleta llena de documentos había sido capturada en Gerona a

un tal Riera... También el dueño de un hotel apellidado Dalmáu estaba convicto y confeso... Todo estaba preparado para dar el golpe... Yo lo había dificultado... El Gobierno no debería saber nada... Tampoco el ministro”...

– Dígame Orlov, ¿de qué proviene el temor a que intervenga el Gobierno?

– El enemigo está en todas partes – respondió secamente.

Y con propósito de aclarar:

– Desde el principio nos hemos negado a que intervenga la policía oficial.

– Pero el Gobierno no puede ser ajeno a un asunto de esa envergadura – dije.

– Zugazagoitia es amigo personal de algunos de los que hay que detener – replicó.

– Presentándole todas esas pruebas...

– No haría nada – atajó Orlov –. Es bastante anticomunista.

– En este caso, se trata de luchar contra el enemigo y no de complacer a los comunistas.

– Correríamos el riesgo de echarlo todo a rodar – insistió Orlov.

– De cualquier forma él tendrá que intervenir, y siempre será mejor prevenirle que sorprenderle.

– Yo sé lo que digo Hernández.

– Y yo lo que me hago – contesté.

– Ahora es el momento ideal para descargar un golpe aniquilador sobre esa banda de contrarrevolucionarios. Les tenemos agarrados por el cuello – dijo con suficiencia.

– No dudo de que los tendrán agarrados por el cuello, pero creo que toda esta historia terminará en un formidable escándalo político.

Orlov me miró con aire de no poca sorpresa. Su encendedor chispeaba pero ya no encendía.

– ¿Cómo dice?... ¿qué no cree en historias?

– No es eso exactamente, pero casi es lo que estoy pensando – afirmé.

– Tenemos una montaña de pruebas, de pruebas aplastantes.

– ¿Me permite ser sincero Orlov?

El gesto de Orlov se había endurecido. Mirándole fijamente a los ojos arriesgué la idea que me estaba bullendo en la cabeza.

– Tengo la impresión de que todas esas pruebas son un fotomontaje hábilmente preparado, pero dudo que resistan la prueba de un tribunal legal.

– Tenemos el plano milimetrado que señala los emplazamientos militares de Madrid, reconocido por su autor, Golfín. En ese plano hay un mensaje escrito con tinta simpática y dirigido a Franco. ¿Sabe usted por quién está firmado ese mensaje? – me preguntó en tono de triunfo –. ¡Por Andrés Nin! – exclamó.

Solté una carcajada espontánea, natural.

– ¿De qué se ríe? – preguntó amoscado.

– ¡Calle usted, hombre! Por favor no cuenten por ahí ese disparate, pues la gente se va a reír de buena gana. En todo el país no encontrarán un solo ciudadano capaz de creer a Nin tan idiota como para escribir mensajes a Franco en tinta simpática... en la era de la radio.

– ¿No lo cree? – preguntó iracundo.

– No.

– ¿Entonces supone que es todo mentira?

– Todo no – contesté fríamente – . Creo que existe el plano, que existe Golfín, que tienen declaraciones, creo todo lo divino y lo humano. Lo que no puedo creer es esa simpleza del mensaje.

– ¡Es de Nin! – rugió enojado Orlov.

– No lo creo – insistí serenamente.

– ¿No cree que Nin es un trotskista contrarrevolucionario, espía, agente de Franco?

– Sea lo que fuere, lo único que no es, porque lo conozco, ningún idiota. A todos ellos, a Nin, Andrade, Gorkín, Maurín y a los demás les he tratado más o menos, y no les creo capaces de tal estupidez.

– ¡Pero si tenemos montañas de papeles y documentos firmados y sellados por el P.O.U.M.! – gritó colérico.

– Así lo creo menos.

Orlov hizo un gesto de impaciencia.

– Amigo Orlov – dije – hablemos seriamente. Ustedes quieren hacer un gran proceso con los trotskistas en España, como una demostración de la razón que han tenido para fusilar a la oposición en la U. R. S. S. Conozco el artículo de "Pravda" de hace ya casi dos meses en el que anunciaba que la "purga" iniciada en España sería desarrollada con la misma energía con que se ha ejecutado en la Unión Soviética. Comprendo, pues, perfectamente, su interés. Pero no nos compliquen la vida, que bastante complicada la tenemos. Si quieren podremos dedicar una página especial todos los días en nuestros periódicos denunciándoles como a una banda de enemigos del pueblo, pero no monten espectáculos truculentos, porque no se los va a creer ni Dios.

– ¡Pero si tenemos las pruebas! – clamaba Orlov.

– ¡Por lo que conozco del "aparato" de ustedes los sé capaces de fabricar dólares con papel de estraza<sup>3</sup>.

– Eso es una majadería... y una opinión inadmisibles – barbotó Orlov, notoriamente enojado y molesto.

– Si le molesta... no he dicho nada – aclaré irónico.

– Usted ha dicho y está diciendo cosas muy graves – amenazó.

– Usted es un especialista en cuestiones de espionaje y contraespionaje. ¿Qué haría con un agente que le transmitiera partes de máxima gravedad escritos en papel de oficio, firmados con su nombre y, por si fuera poco, avalados con un cuño que dijera G.P.U.?

Me miró un tanto perplejo. Reaccionando contestó:

– Ellos no tienen nuestra técnica, ni nuestra experiencia.

---

<sup>3</sup> En los años de 1928-1932 la Unión Soviética puso en circulación diez millones de dólares en moneda falsa que provocaron un escándalo internacional y que dieron origen a la detención y condena de algunos agentes de Moscú encargados de ponerlos en circulación.

– Casi todos ellos conocen el trabajo ilegal y han vivido la época clandestina del Partido Comunista. Si hubieran cometido una indiscreción tan simple como la de firmar con su nombre un comunicado intrascendente, Jos hubiéramos expulsado por provocadores, o por imbéciles. ¿Cómo quiere que me crea que en plena guerra van a firmar documentos de espionaje dirigidos a Franco?

– Tenemos los testimonios y las declaraciones de los mismos detenidos – replicó.

– Si han logrado esas confesiones, para mí tendrán más valor "legal", cualquiera que haya sido el modo de obtenerlas, que los documentos escritos, firmados y sellados.

– Todos esos documentos y todas las declaraciones irán al proceso y serán motivos y pruebas para ahorcarles a todos.

– De cualquier manera, insisto en que el procedimiento está en recabar del ministro las órdenes para terminar ese trabajo. Si para eso me necesitan estoy a su disposición.

– Por ese camino lo echaremos todo a perder – gruñó malhumorado.

– Por el que ustedes quieren sólo se logrará el escándalo que dañará a nuestro Partido... que bastante maltratado está ya.

– Usted se comprometió a ayudarnos – dijo despechado.

– Dispuesto estoy – declaré.

– No hay necesidad de continuar – declaró Orlov –. Hablaré con José Díaz.

– Me parece correcto – dije con ánimo de irritarle– que el secretario de nuestro Partido sepa lo que se hace en España.

Orlov se levantó y guardándose el encendedor no vio o fingió no ver que le tendía la mano en señal de despedida.

Una inclinación de cabeza por todo saludo y salió con el rostro ensombrecido.

"Todos son iguales" – me dije viéndole salir estirado y elegante –. "En el fondo y en la superficie nos desprecian y tratan de humillarnos. Actúan como en país conquistado y se conducen como señores ante sus criados."

[...]

Inmediatamente me trasladé al domicilio particular del secretario general de nuestro Partido. Lo encontré encamado y rodeado de multitud de medicamentos. La úlcera duodenal le tenía abatido.

En breves palabras le informé de mi entrevista con Orlov.

Con su fuerte acento andaluz, Díaz me confió su pensamiento con más precisión que nunca.

– Siento asco... asco de mí y de todo. Mi fe está cediendo...

Contemplaba su rostro demacrado, enjuto, en el que el dolor moral y el sufrimiento físico había clavado su garra. Sentí lástima por aquel hombre destrozado. Era el reflejo de mi propia lástima.

– Hubiera preferido morirme a tener que sobrevivir a esta muerte espiritual... He sido un hombre que me he entregado con fanático entusiasmo a la U. R. S. S. Tú lo sabes... Era un obrero panadero. Mis inquietudes revolucionarias me empujaron hacia el anarcosindicalismo. Ingresé en los grupos de acción porque me parecía que de esa manera daba más y sacrificaba más a mis ideales. Por lo que se cree, por lo que se tiene fe hay que estar siempre dispuesto a morir. Después, la Unión Soviética, Stalin, el socialismo triunfante me atrajeron hacia el

comunismo. Me entregué con pasión, sin reservas, convencido de que la U. R. S. S. era nuestra meta ideal. Hubiera sacrificado a mi mujer, a mi hija, a mis padres... hubiera matado, asesinado, por defender a Rusia, a Stalin... Y hoy... ¿qué?... Todo se hunde, todo se derrumba a mis pies... ¿Qué objeto tiene nuestra vida?... Hago esfuerzos por convencerme de que el equivocado soy yo ¿entiendes?... Porque quiero creer, porque no puedo admitir que todo sea mentira. Llegar a esa conclusión es el fin... la nada...

De uno de los frasquitos sacó dos tabletas y las tomó con un sorbo de agua.

– Cuando pienso en todo esto – dijo – me siento peor.

– El pesimismo y la desesperación no nos salvan, Pepe – dije para animarle.

– Ya lo sé. Pero la realidad me aniquila el ánimo. No lo puedo remediar. Estos días que llevo en la cama – continuó Díaz– me han permitido reflexionar detenidamente sobre nuestra situación. La conclusión a que he llegado es desoladora. El Buró Político lo mangonean a su antojo los "tovarich". Presiento que tratarán de eliminarnos a ti y a mí valiéndose de los mil medios de que disponen. No será inmediatamente porque a nadie, y a ellos en primer lugar, interesa provocar una crisis de dirección por diferencias con los métodos y la política de la U. R. S. S. Pero acabarán con nosotros. Cuestión de tiempo y de táctica. A mí, amparándose en mi enfermedad, ya no se toman la molestia ni de informarme de lo que se hace en la dirección. Para saber qué pasa tengo que llamar a uno u otro camarada, y siempre es lo mismo: "Hicimos esto porque lo dispuso Codovila... porque lo ordenó Stepanov... porque lo aconsejó Togliatti.

– Más que una invasión es una colonización – dije un poco festivamente.

– Los cipayos del Kremlin, eso somos ¡cipayos! – replicó colérico.

– ¡Que nos perdonen los cipayos! – dije en el mismo tono.

– He pasado revista a todo el Comité Central y no encuentro más de media docena de hombres capaces de tomar una posición firme a nuestro lado.

– Muy pocos – observé.

– ¡Media docena contra trescientos mil afiliados! Y contra la tradición. Y contra el prestigio de la Unión Soviética – dijo desalentado.

Quedamos silenciosos. Aquellas cifras pesaban en nuestro ánimo como losas de plomo. Nos aplastaban.

Por la ventana de la habitación entraba a borbotones toda la alegría mañanera del Levante español, clara de luz y dorada de sol, que avivaba increíblemente el colorido de una estampa litográfica del torero Belmonte en un monumental pase de pecho, y que servía de adorno y de calendario en el humilde dormitorio del secretario general del Partido Comunista. De otro de los encalados muros colgaba una fotografía de la pequeña hija de Díaz. Completaba el ajuar una despeluchada butaca, una librería completa de obras de los maestros del socialismo, una mesita de noche y un escritorio, pleno de revueltos papeles.

Me arrancó a la contemplación de aquella estampa viva de modestia la entrada de la esposa de Díaz que, silenciosa, depositó un vaso de leche en la mesita de noche, al alcance de la mano del enfermo.

– Una empresa de titanes – dije pesimista, reanudando la conversación.

– Debemos comenzar poco a poco... pero comenzar por algo. Un viraje de 180 grados en el Partido no lo lograremos ni en unos días, ni en unos meses, ni quizás en unos años – expuso Díaz.

– Eso es lo que me desmoraliza – indiqué.

– ¿Qué te parece si comenzamos a desplegar una campaña, hábilmente desarrollada, tendiente a despertar en nuestro Partido un sentimiento de orgullo por todo lo español? – me preguntó Díaz.

La mirada de Díaz se había animado. De sus ojos negros se desprendía ahora un reflejo de malicia y de contento. Su ocurrencia le animaba. Prosiguió:

– ... Si logramos encender la llama del entusiasmo por lo español, por nuestras costumbres, nuestras glorias, nuestros guerreros, por nuestras tradiciones, será más fácil llevar al Partido hacia una política auténticamente nacional, que en caso necesario, comprenda nuestra posición.

– Me parece excelente la idea.

– Tú debes abrir el fuego – dijo.

– ¿Cómo?

– Preparando una serie de artículos en los que exaltes desde el Cid a los Reyes Católicos, desde Numancia a las Germanías, desde los Comuneros al Alcalde de Móstoles. Habla de nuestras glorias y grandezas, de España madre de pueblos, de conquistadores y misioneros, de genios de las letras, de la pintura, de la ciencia. Habla de todo Y

de todos, desde Viriato a los heroicos milicianos del Cuartel de la Montaña... De todo lo que se te ocurra, pero exalta lo español, despierta entre los comunistas el orgullo de ser español.

El entusiasmo de Díaz crecía con sus propias ideas.

– ...Habla con Mije. Dile que el Comisariado de Guerra transmita instrucciones a todas las unidades para que los periódicos y alocuciones de los comisarios sigan esta línea. Nuestras Divisiones – agregó– cantan canciones con música de himnos soviéticos. Que acaben con eso. Que canten con música española, aunque sea de zarzuela. Desde el Agit-Prop del Partido debes tomar inmediatamente medidas para que nuestros camaradas desplieguen una intensa campaña en todas las fábricas de producción de guerra, dando a entender que agradecemos los auxilios de los demás, pero que, en definitiva, todo dependerá de nuestro esfuerzo.

Observaba un poco admirado a Díaz. Debió de comprenderlo, pues me dijo:

– Te asombra oírme hablar así ¿no?

– Me asombra y me entusiasma. ¡Ojalá podamos hacer vibrar a nuestra gente en esta misma pasión! – De ti va a depender mucho – indicó.

– Por mí no ha de quedar – declaré.

– ¡Es increíble! Tener que comenzar a conspirar en nuestro propio Partido y en nuestro propio país para poder hacer una política nacional – comentó Díaz<sup>4</sup>.

– Lo importante es comenzar – dije.

– Hablemos ahora de la trama de Orlov y compañía – dijo con gesto agrio– ¿Qué podremos hacer?

– Poco o nada. Supongo que vendrán a verte. Ya es raro que no estén por aquí. Lo que me intriga es por qué requieren ahora nuestro concurso cuando han hecho y deshecho sin tenernos en cuenta para nada – indiqué.

---

<sup>4</sup> Publiqué en la Prensa del Partido una serie de artículos titulados "El orgullo de ser español", que fueron recogidos en un folleto y traducidos a una serie de idiomas, entre ellos al ruso. J. H.

– Porque presienten el escándalo, no por otra cosa. Telefonea a Ortega y dile que me opongo terminantemente a que intervenga en este asunto sin previo conocimiento del ministro.

Me dirigí al teléfono. Ortega no estaba. El secretario me informó que se hallaba despachando con el ministro. Tras de indicarle que se comunicara Ortega con el domicilio particular de Díaz, pregunté al secretario si habían estado por allí los "amigos". – Hace como una hora Ortega fue llamado urgentemente por ellos al Comité Central – me contestó. Colgué el aparato con un vago presentimiento de que estábamos ante el hecho consumado. Orlov debió encontrar más fácil apoyarse en la delegación política y en cualquier otro miembro del Buró Político, que en José Díaz. Comunicué a éste mis temores. Los compartía.

Momentos después sonaba el teléfono. Era Ortega. Le comuniqué la orden de Díaz. Balbuciente, confuso, me dijo que venía inmediatamente a vernos.

– ¿Qué pasa? – interrogó Díaz.

– Creo que lo que nos temíamos. Ahora viene Ortega.

Cinco minutos después se personaba el coronel Ortega, hombre honesto al que habíamos arrancado del frente para que ocupase la Dirección General de Seguridad, función de extrema importancia y responsabilidad en las condiciones de la guerra. Flaco, de cara angulosa, tenía un reflejo de bondad y franqueza en su rostro enjuto. Aquel hombre que no temblaba ante la muerte cuando se batía en las trincheras de nuestro combate, entró cohibido y pálido a la habitación de José Díaz. Para cuantos no sabían que éramos muñecos de guiñol, la autoridad del Buró Político era temible. Y quien ahora le interrogaba echando lumbre por los ojos era el jefe del Partido. Y Ortega se sentía anonadado.

– Me llamaron hace un rato al Comité Central – explicaba – Togliatti y Codovila, Pasionaria y Checa se encontraban con Orlov. Me ordenaron que transmitiera por teletipo al camarada Burillo (comandante de guardias de Asalto, que actuaba en Barcelona desde hacía unas semanas como delegado de Orden Público) la orden de arresto de Nin, Gorkín, Andrade, Gironella, Arquer y todos cuantos elementos del P.O.U.M. fueran indicados por Antonov Ovsenko o Stajevsky (el primero operaba en Cataluña como cónsul y el segundo como encargado de negocios de la U. R. S. S.). Las patrullas de policía que debían actuar ya se encontraban en Barcelona.

Estalló rotunda una blasfemia. Díaz, desencajado, saltó de la cama y comenzó a vestirse.

Se hizo un silencio pesado. Ortega nos miraba al uno y al otro sin explicarse lo que sucedía. Trataba de justificarse:

– Yo... yo no podía suponer... Como me lo ordenaron... Además, Togliatti, Pasionaria, Checa... Creí que estaríais de acuerdo...

Ni Díaz ni yo despegábamos los labios. Cualquier explicación hubiera revelado, más de lo que se adivinaba, el desacuerdo entre los propios miembros del Buró Político y el nuestro con la delegación soviética.

Minutos después estábamos en la calle. Nos despedimos de Ortega. Abordamos mi coche y nos dirigimos a la casa del Comité Central.

Un enorme caserón que encuadraba por uno de sus costados la plaza de la Congregación, era la sede del Buró Político. Una guardia con mosquetones nos saludó militarmente. Sonaron los timbres anunciando la presencia del secretario general del Partido. Subimos al primer piso:, El secretario particular de Díaz nos abrió la puerta del despacho. En el interior, sentado ante una enorme jarra de agua de naranja y en mangas de camisa, Vittorio Codovila, italiano de origen y nacionalizado argentino, fumaba tranquilamente en una pequeña cachimba. Su enorme

humanidad llenaba la amplia mesa de trabajo... del secretario general del Partido Comunista de España.

En la pared frontal una gran fotografía de Stalin y un bonito cartel de guerra de Renau. En la mesa muchos papeles en desorden. Codovila nos lanzó una mirada por encima de sus pequeñas gafas y, como quien se dirige a unos subalternos, nos dijo:

– Un momento camaradas, un momento nada más... ya acabo.

Ignorándole, Díaz se dirigió al teléfono y ordenó a la centralilla:

– Diga a los camaradas Pasionaria y Checa que bajen a mi despacho inmediatamente.

Codovila miró un momento a Díaz. Quizá esperaba o presentía la tormenta. Nuestras caras deberían ser caras de pocos amigos. Recogió sus papeles y sacando un enorme pañuelo, comenzó a secarse el abundante sudor que el calor del medio día hacía correr por su mastodóntico pescuezo.

– Uf... ¡Qué calor! – dijo.

Silencio.

Y dirigiéndose a Díaz con propósito de justificarse:

– Pregunté por ti hace un rato y me dijeron que seguías en cama. Como hace tanto calor en mi despacho... El tuyo es más fresco ¿verdad?

Entró Pasionaria seguida de Pedro Checa, secretario de Organización del Partido. Pasionaria, teatral, se dirigió a Díaz:

– ¡Qué alegría verte por aquí! ¿Te encuentras mejor?

Yo la observaba. Su sonrisa era de circunstancias y su pregunta oficiosa. Pasionaria odiaba a Díaz. No podía olvidar que él había hecho severos comentarios sobre sus clandestinas relaciones amorosas con Francisco Antón, jovenzuelo de veinte años menos que ella y prototipo de los trepadores sin escrúpulos. Antón era entonces el Comisario del frente de Madrid, y entonces y siempre un auténtico señorito comunista que, según la mordaz caracterización de Díaz, "no se había manchado las botas en el barro de ninguna trinchera". Tipo perfecto del burócrata, dirigía la acción de los Comisarios por medio de circulares y recibía a los delegados del frente enfundado en magníficos y perfumados pijamas de seda en la confortable casa de la Ciudad Lineal de Madrid. En el momento en que el Buró Político tomaba la decisión de destituirle del puesto de comisario, se le ocurrió a Prieto lanzar una andanada contra el predominio de los comisarios comunistas. El Partido tomó la defensa en bloque de sus posiciones, viéndose obligado a incluir la de Antón, comprendido en las reformas prietistas. Y con aquella pasmosa agilidad de nuestra propaganda convertimos a Antón en la figura señera, junto con Miaja, de la defensa de Madrid.

Comprendiendo Antón lo inestable de su situación, buscó la manera de afianzarse en un puesto de dirección del Partido. Y dio en la flor de enamorar a Pasionaria. Pasionaria le defendería. Pasionaria intrigaría cerca de la delegación soviética para sostenerle a él. Y no se equivocó. Pasionaria olvidó que era la mujer de un minero; se olvidó de que tenía dos hijos con tantos años como su amante; olvidó que su esposo, Julián Ruiz, se batía en el decoro y el pudor; se olvidó de sus años y de sus canas y se amancebó con Antón sin importarle la indignación de cuantos sabían y conocían sus ilícitas relaciones. Togliatti, Codovila y Stepanov – que ya preparaban a Pasionaria para heredar en vida a Díaz – complacieron a ésta. Antón dejó de ser comisario del frente de Madrid, pero pasó a dirigir la Comisión político-militar del Partido. José Díaz había dicho a Pasionaria: – "Me tienen sin cuidado tus asuntos privados, pero ya que tengo que ser forzosamente alcahuete de tus amoríos (pues si el hecho

trasciende se vendría al suelo todo tu prestigio, y tu nombre lo hemos convertido en bandera moral y de ejemplo de mujeres revolucionarias), debes saber que todo el aprecio que tengo por Julián lo siento desprecio por Antón”. Era la de Pasionaria una de esas pasiones seniles que en su desenfreno saltan sobre toda clase de obstáculos y que a ella habría de llevarla hasta el sacrificio de su propio hijo. Rubén Ruiz, capitán del Ejército Rojo, se haría matar en la U. R. S. S. para huir la vergüenza ver a su padre, comido de piojos y muerto de hambre en una fábrica de Rostov y a quien, además, no le permitieron visitar por prohibición expresa de su madre, mientras veía a Antón vivir espléndamente y pasearse por Moscú en el automóvil de su madre. Esa pasión proyecta, insana, que motivaría. también la muerte de Julián en medio de la más negra desesperación y maldiciendo el nombre de Pasionaria y de Stalin, esa pasión era un odio inextinguible contra José Díaz, que le había escupido su desprecio en plena cara.

Pasionaria tragaba bilis y esperaba la llegada de su hora, una hora que ya le estaba siendo propicia, pues visiblemente la delegación soviética la exaltaba para convertirla en la primera figura del Partido. Togliatti vivía en la propia casa de Pasionaria y compartía la mesa y el techo con Antón. Ese trío habría de resultar funesto para Díaz.

Sin reparar en los aspavientos de Pasionaria, Díaz contestó secamente:

– Me encuentro perfectamente bien.

Codovila atacaba su cachimba apretando el tabaco con el índice. La situación era embarazosa, tirante. Díaz, haciendo esfuerzos por serenarse, preguntó:

– ¿Quieren ustedes decirme si el hecho de encontrarme enfermo me ha inutilizado para el trabajo? Pasionaria con gesto hipócrita:

– ¿Bromeas, Pepe?

– No estoy para bromas. Pregunto y quiero una respuesta clara.

– ¿Pero a qué viene esto? – volvió a preguntar con fingida ignorancia Pasionaria.

– ¿Quién ha ordenado a Ortega expedir las órdenes de detención de los hombres del P.O.U.M? – inquirió Díaz, blanqueando de ira en su palidez de enfermo.

– Nosotros – dijo Pasionaria –. Como no era cuestión de molestarte por una cosa tan intrascendente... ¿Qué importancia puede tener la detención por la policía de un puñado de provocadores y espías? – preguntó con malevolencia.

– Las detenciones del P.O.U.M. no son un asunto policíaco, sino político – replicó Díaz.

Codovila sonreía con una maldad casi sádica. Apretaba con las dos manos la pequeña cachimba. Y sin deponer el gesto insolente, indicó:

– Pepe deberá tomarse unas vacaciones. El exceso de trabajo y la enfermedad le tienen agotado. Esas reacciones son reflejo de un estado hiperestésico. Que los camaradas no quieran molestarte con tonterías es perfectamente comprensible, dado tu estado de salud. La interpretación exagerada que das a un hecho de tan poca monta son susceptibilidades propias del forzado alejamiento del trabajo. De todas maneras, convengo en que se hace necesario organizar el trabajo de forma que cada día recibas una síntesis de lo que se hace y de lo que se decide. por los camaradas. Pero insisto: deberás tomarte unas vacaciones. El reposo te hará bien.

Mis ojos no se apartaban de las manos del cínico que apretaba entre ellas la pipa humeante. Mientras hablaba creía interpretar el verdadero sentido de sus palabras. Era una advertencia a Díaz para que se alejase durante una temporada del trabajo de dirección. La delegación

soviética comenzaba a tomar medidas precautorias. "Luego me tocará a mí" – me dije mentalmente.

Como viera a Pepe temblarle la barbilla de irritación y nerviosismo, intervine para impedir que estallara en un arrebato de cólera y lo echara todo patas arriba.

– Si las detenciones de los hombres del P.O.U.M. son una cosa intrascendente, deberían haberse efectuado legalmente, esto es, con autorización de quien debe ordenarlas: Gobernación. Si las pruebas de que son unos espías existen ¿por qué temer que Zugazagoitia se haga cómplice de los agentes de Franco? Es demasiado serio el asunto para que un hombre político se juegue su prestigio. Zugazagoitia no se hubiera opuesto ni negado a ordenar las detenciones si cualquiera de nosotros le hubiéramos llevado las pruebas. De la forma en que se ha procedido se armará inmediatamente el escándalo, y con razón. Esto es lo que ha enojado a Díaz.

Pasionaria, con cara de fastidiada, miraba en derredor. Checa, muy impresionado, como siempre que se ponía nervioso, se mordía las uñas.

Codovila contestó secamente:

– Las razones que hayan podido tener los camaradas del "servicio especial" para proceder como lo han hecho, no es asunto que nos incumba. Su actuación se desarrolla al margen del Partido.

– ¡Muy bien! – gritó Díaz– . Que acepten ellos públicamente la responsabilidad de sus actos y entonces tendrán razón para hacer lo que les dé la gana. Pero el escándalo recaerá sobre nosotros. Su actuación complicará al Partido. Y este asunto del P.O.U.M. es muy turbio.

Codovila miraba a Díaz con aire de rencor. Con voz un tanto estrangulada, dijo:

– Los camaradas del "servicio" están prestando una gran ayuda a la República y al Partido al lograr desenmascarar a esa basura contrarrevolucionaria ¿De qué os quejáis?

Díaz, desafiante y agresivo replicó:

– Más parece que se ayuden a sí mismos que a nosotros.

– Esa es la misma opinión de Hernández y revela una animosidad intolerable hacia los camaradas de la G.P.U. – replicó hoscamente Codovila.

– No es verdad que tenga animosidad preconcebida alguna contra ningún camarada de la "Casa" – aclaré – . Ahora bien, si el opinar o disentir en éste o en cualquier otro hecho se juzga como animosidad ¿cuál es nuestra misión en el Buró Político? ¿Decir a todo que sí? ¿Callar y obedecer?

Checa, con expresión desolada, habló vacilante:

– No... no creo que la situación deba plantearse así... No, no es posible. Debemos reunir el Buró Político, discutir serenamente, aclarar las cosas.

Codovila insiste rencoroso:

– Todos tenemos una disciplina y una obediencia. Cuando se es comunista de verdad, sin suficiencias ni vanidades pequeño-burguesas, hay cosas que ni se discuten ni se plantean. Es ofensivo el tono y el propósito de Hernández y de Díaz. Nosotros somos consejeros, consejeros y nada más que consejeros–. Y el cínico subrayaba la palabra "consejero" como abofeteándonos con ella. Y siguió–: Los dirigentes son ustedes. Nunca hemos tomado una decisión que no haya sido previamente consultada con alguno de ustedes. ¿Qué decisiones

hemos por nuestra cuenta? ¿Qué decisiones les hemos impuesto que no hayan sido discutidas y resueltas por la mayoría de ustedes? Díganme ¿cuáles? ¿cuándo?...

Sus ojillos relampagueaban detrás de los cristales de las gafas, mientras continuaba su perorata:

– ...¿Por qué esa insidia de que ustedes solamente obedecen? El Buró Político no puede estar en sesión permanente, y cuando surge un problema lo resolvemos tras de consultar la opinión de los camaradas que se encuentran más a mano. Y se decide de común acuerdo con ellos. El asunto del P.O.U.M. se ha decidido juntamente con Pasionaria y con Checa. Otras veces resolvemos consultando con Hernández o con Díaz o con cualquiera de los otros camaradas. ¡Cuidadito, pues, con lo que se dice y con las afirmaciones temerarias! – concluyó amenazador.

– En este caso los camaradas del "servicio especial" sabían que yo no estaba de acuerdo. Prometieron ir a ver al camarada Díaz y tampoco lo han hecho. ¿Por qué no informaron a los demás de cuál era nuestra opinión?

– Sí, nos informaron – declaró cínica Pasionaria– . Pero como era urgente y no teníamos posibilidad de convocar al Buró en pleno para tratar una simpleza, nos pareció correcto resolver sin esperar a más.

Codovila sudaba y fumaba. Se había serenado y una sonrisita sardónica se dibujaba en sus labios. Pasionaria se portaba bien. Cuando hacía un momento hablaba Codovila con tanto aplomo, lo hacía seguro de que la mayoría del Buró Político apoyaría a la delegación frente a cualquier argumento que opusiéramos en contra de la conducta de los "tovarich". Nos tenían bien cogidos por el cuello.

– Creo – dijo Díaz – que deberemos plantear la cuestión en la próxima reunión del Buró. El asunto es demasiado grave para resolverlo entre nosotros.

Díaz, con lividez cadavérica, se levantó y salió precipitadamente del despacho.

[...]

Cuarenta y ocho horas después, una llamada urgente de la Presidencia me hacía saber que Negrín me esperaba en su despacho. Al entrar yo despidió el Presidente a la taquígrafa, a la que estaba dictando, y sin preámbulos me preguntó:

– ¿Qué han hecho ustedes con Nin?

– ¿Con Nin?... No sé qué pasa con Nin – dije, y era verdad.

Negrín, con evidente e ojo, me explicó que le había informado el ministro de la Gobernación de toda una serie de tropelías cometidas en Barcelona por la policía soviética, que actuaba como en territorio propio, sin tomarse la molestia de advertir siquiera por delicadeza a las autoridades españolas de las detenciones de ciudadanos españoles; que a estos detenidos se les trasladaba de un lado para otro sin mandamiento ni exhorto judicial algunos y que se les encerraba en prisiones particulares, ajenas totalmente al control de las autoridades legales; que algunos de los detenidos habían sido traídos a Valencia, pero que Andrés Nin había desaparecido. El Presidente de la Generalitat, le había telefoneado alarmado y ofendido por estimar un atentado al derecho de gentes la actuación de Orlov y de la G.P.U. en territorio catalán.

No sabía qué contestarle. Podía decirle que pensaba como él, como Zugazagoitia, como Companys, que también yo me preguntaba dónde estaba Nin y que aborrecía a Orlov y a su pandilla policíaca. Pero no me decidí. Veía venir la tormenta sobre nuestro Partido y me dispuse a defenderlo aunque en aquel caso la defensa del Partido llevaba implícita la defensa

de un posible crimen. Hacía ya algún tiempo que trataba de convencerme a mí mismo de que era posible llegar a establecer una línea divisoria que diferenciara nuestra organización como Partido de españoles de la actuación de la U. R. S. S. como Estado. Mis divergencias lo eran con los procedimientos, no con las doctrinas; a los hombres, no de los principios. Las hendiduras de mi fe se limitaban a los ídolos, no a las ideas. Con todas mis reservas hacia la política de los dirigentes soviéticos, yo seguía siendo un comunista convencido, un "hombre de partido", un fervoroso creyente en la necesidad histórica de los movimientos comunistas y, concretamente en España, de la misión de nuestro Partido. Las ligaduras que nos ataban a las "razones de Estado" de la U. R. S. S., y que tan poderosamente influían en nuestra actuación política, deberíamos ir las rompiendo una tras otra hasta liberarnos totalmente de su tutela y proceder con un criterio nacional, inspirando nuestra conducta en los intereses de los españoles y en la realidad política, económica, social e histórica de España. Justa o no, mi comprensión de las cosas no iba entonces más allá de estos propósitos.

Negrín insistía:

– Nin es un exconsejero de la Generalitat de Cataluña. Si existe algún delito probado contra él, deberá consignarse al Tribunal de Garantías Constitucionales.

– Supongo – dije – que la desaparición de Nin será debida a un exceso de celo de los "tovarich", que lo tendrán en alguna de sus cárceles, pero no creo que su vida corra peligro alguno. En cuanto a lo demás, usted es el indicado para decirle al embajador soviético que moderen sus procedimientos.

– Y ustedes también.

– También nosotros – contesté.

Negrín quedó pensativo un momento. Después, como si hablara consigo mismo, dijo:

– En el Consejo de esta tarde tendremos bronca. Prieto, Irujo y Zugazagoitia, armarán un escándalo. ¿Qué puedo yo decirles? ¿Que no sé nada?... Y ustedes ¿qué dirán? ¿Que tampoco saben nada?... Todo esto es estúpido.

Prometiéndole averiguar lo que hubiera de cierto en el secuestro de Nin e informarle inmediatamente, me despedí y trasladé en el acto a la casa de nuestro Partido. En el despacho de Díaz – que seguía enfermo – encontré a Codovila y Togliatti. Ambos pusieron cara de asombro cuando les relaté la conversación con Negrín. No supe si aquello era verdadero o si se trataba de una comedia más. Codovila suponía que los camaradas del "servicio especial" tendrían retenido a Nin para interrogarle o efectuar alguna diligencia antes de entregarlo a las autoridades. Togliatti, hermético, repuesto ya de su asombro, fingido o verdadero, nada decía. Ante mi insistencia de que deberíamos saber algo concreto antes de las cuatro de la tarde, hora en que comenzaría el Consejo de Ministros, despegó los labios para decir que no deberíamos tomar por lo trágico la cosa, pues los camaradas del "servicio" sabían lo que hacían, que no eran novatos en el oficio y que antes que nada eran hombres políticos. Prometió ir a la Embajada a informarse de lo que hubiera. Y salió hacia allá.

La Embajada soviética se encontraba a unos minutos de la Plaza de la Congregación. Decidí esperar. Ni Codovila ni yo hablábamos. Cada uno teníamos nuestros motivos para estar preocupados. Yo estaba poseído de los peores presentimientos. Andrés Nin era una pieza codiciosa para la G.P.U.: Amigo íntimo y personal de los prohombres de la Revolución de Octubre en Rusia, había trabajado con ellos desde la fundación de la Internacional Sindical Roja como uno de los Secretarios de esta organización. Muerto Lenin no disimuló sus simpatías hacia Trotski. Los rumbos de la política staliniana no le convencían y expresó públicamente su desacuerdo. Poco después de vencida la oposición en el Partido bolchevique,

Nin era tildado de renegado y expulsado de la Unión Soviética. Al proclamarse la República en España regresó a ella, y, juntamente con los excomunistas que habían organizado el Bloque Obrero y Campesino, dio creación al Partido Obrero de Unificación Marxista (P.O.U.M.). El órgano de expresión de este partido, "La Batalla", era un grito antistalinista en la agitada y revolucionaria España. El P.O.U.M. no era un gran movimiento, pero la voz de Nin y de la mayoría de sus dirigentes tenía indudable repercusión en algunos núcleos del proletariado catalán y, sobre todo, fuera de nuestras fronteras. De cualquier manera, inquietaban a Moscú más que a nosotros mismos. El momento era propicio. La guerra permitía a la G.P.U. trabajar libremente en la España republicana y los hombres de Orlov habían montado un aparato policíaco como si señorearan territorio conquistado. Las razzias de poumistas se encaminaban a demostrar que en Rusia y fuera de ella los amigos de Trotski, Zinoviev, Kamenev, Bujarin, etcétera, eran una banda de contrarrevolucionarios, agentes del fascismo, enemigos del pueblo y traidores a la patria, a los que se hacía indispensable fusilar en cualquier país o latitud. Que los recelosos arrumbaran sus reparos: No era la fobia personal de Stalin la que exterminaba a la vieja guardia. El caso de España lo demostraba. Allí, en un país democrático, regido por un Frente Popular, se les desenmascaraba y se les ejecutaba también por traidores.

La "razón" política se me alcanzaba fácilmente. Lo que no imaginaba – no tardaría mucho en saberlo– era hasta qué metas de criminalidad eran capaces de llegar los esbirros de la G.P.U. en la lucha contra los hombres de la oposición ideológica.

Desde el balcón vi acercarse el coche de Togliatti. Un minuto después nos decía que en la Embajada no se tenía conocimiento de nada, ni del paradero de Nin, ni tampoco de Orlov. Toda mi inquietud y todo mi nerviosismo estallaron airadamente. Les anuncié que no asistiría al Consejo de Ministros, que no quería ser el saco de los golpes de Orlov y compañía en un asunto que desde el primer momento me había parecido impropio y turbio.

– No dar la cara, rehuir el debate, sería la mayor torpeza. Eludan el caso concreto de Nin y háganse fuertes en la existencia de las pruebas que demuestran que los dirigentes del P.O.U.M. estaban en contacto con el enemigo. No acudan al terreno de ellos; planteen el debate en torno a la existencia o inexistencia de una organización de espionaje. Demostrado, como es posible demostrar que ésta existe, el escándalo por el paradero de Nin pierde vigor. Y cuando Nin aparezca será ya reo de traición.

Por esta explicación de Togliatti deduje que él sabía ya toda la trama de Orlov, y que su visita a la Embajada no había sido ociosa. Nin estaba secuestrado y lo entregarían cuando el "affaire" tuviera estado oficial. Cierta parte de mis temores se disiparon. Y aunque el plan de Togliatti no era muy grato para mí, me dispuse a seguirlo en la reunión ministerial. "Al fin – me dije – los jueces se encargarán de averiguar lo que haya o no de cierto en toda esta trama gepeuista.

A las cuatro de la tarde comenzaron a llegar los coches ministeriales al edificio gris de la presidencia.

\* \* \*

En el saloncillo de terciopelos mustios y fríos desconchados, los periodistas saludaban a los ministros.

– ¿Qué sabe usted de Andrés Nin? – me preguntó uno de ellos.

Con un gesto evasivo eludí la respuesta y entré a la Sala del Consejo.

En la mesa ovalada de las reuniones ministeriales, las cajas de nogal con cigarrillos, las bomboneras, las jarras de agua, los anchos blocks y las abultadas carteras de marroquín. En el ceño de algunos ministros el presagio de la tormenta.

Al declarar el Presidente abierta la reunión, el ministro de la Gobernación, Zugazagoitia, pidió la palabra para una cuestión previa.

Con razonamiento incontrovertible, argumentación firme y respetuosa forma, Zugazagoitia relató cuanto sabía del "caso Nin" y de sus compañeros "detenidos, no por las autoridades de la República, sino por "un servicio extranjero" que actuaba, a lo que se veía, omnímodamente en nuestro territorio, sin otra ley que su voluntad, ni más freno que el de su capricho". – Desearía saber – concluyó diciendo – si mi jurisdicción como ministro de la Gobernación está determinada por la misión de mi cargo o por el criterio de ciertos "técnicos" soviéticos. Nuestro agradecimiento a este país amigo no debe obligarnos a dejar jirones de dignidad personal y nacional en las encrucijadas de su política.

Y habló Prieto. Y habló Irujo. Sus palabras eran la protesta airada contra la intromisión y el atropello soviético en nuestra tierra. La dignidad de su hombría y de su españolidad se sublevaban contra los desmanes de los "tovarich", quienes a cambio del suministro de armas se creían en el derecho de vejarnos y hasta gobernarnos. En sus palabras había anuncio de dimisión antes que convertirse en "hombres de paja".

Y hablaron Velao y Giner de los Ríos. Hablaron todos. Reclamaban a Nin y pedían la destitución del coronel Ortega, cómplice visible y directo, aunque inconsciente, en los atropellos de Orlov.

Hablamos los dos ministros comunistas. Nuestra argumentación era pobre y descolorida. Nadie creyó en nuestra sinceridad cuando declarábamos ignorar el paradero de Andrés Nin. Defendimos la presencia de los "técnicos" y "consejeros" soviéticos como la expresión de la ayuda "desinteresada" y "solidaria" que nos prestaban los rusos y que fue aceptada por anteriores Gobiernos. Expusimos una vez más lo que significaban para nuestra guerra los suministros de armas de la U. R. S. S. y el apoyo que en el orden internacional nos prestaba la Unión Soviética.

Como a pesar de todo, el ambiente seguía siéndonos hostil y los ceños se mantenían fruncidos, transigí con la destitución del coronel Ortega – chivo expiatorio – por extralimitarse en su función y no haber informado a su debido tiempo al ministro; pero amenacé con hacer públicos todos los documentos comprometedores del P.O.U.M. y también los nombres de cuantos dentro y fuera del Gobierno, "por simples cuestiones de procedimiento", amparaban a los espías de ese Partido.

El recurso era demagógico y desleal, pero no vacilé en emplearlo.

Negrín, conciliador, propuso al Consejo dejar el debate en suspenso hasta conocer todos los hechos y tener las pruebas de que hablábamos los ministros comunistas y en espera de que el ministro de la Gobernación pudiera darnos noticias concretas del paradero de Andrés Nin.

El primer temporal, el más peligroso, lo habíamos capeado.

Al salir del Consejo Uribe me decía:

– Has estado muy hábil en esa combinación de concesiones y amenazas.

Mi pírrica victoria me producía tales náuseas que me daban ganas de vomitar.

[...]

Tardamos dos tres días más en saber algo concreto sobre Andrés Nin. Nuestra organización de Madrid nos comunicó que Nin se encontraba en Alcalá de Henares, en una prisión particular que utilizaban Orlov y su banda. Planteada la cuestión a la delegación soviética se nos dijo por ésta que, efectivamente, acababan – ¡qué casualidad! – de tener noticias de que Nin había pasado por Valencia, sin detenerse, en dirección a Madrid; que Orlov pensaba llevarlo directamente a la Prisión Celular de Madrid, pero que tuvo temores de una evasión del reo y que optó por meterle en los calabozos de su Cuarter General en Alcalá hasta la llegada del grueso de los detenidos, quienes deberían ser trasladados de la cárcel de Valencia a la de Madrid.

Como habíamos previsto Díaz y yo, el escándalo político en torno a las detenciones de los dirigentes del P.O.U.M. se transformó en una enconada lucha política contra nuestro Partido y contra el mismo Negrín. Socialistas, caballeristas, anarquistas, sindicalistas y aunque más tenuemente, también los republicanos, coincidieron en denunciar ante la opinión pública nacional y extranjera el atentado al derecho de gentes y a las leyes democráticas del país, los arrestos ilegales de Nin, Andrade, Gorkín, Arquer, Bonet y demás dirigentes del P.O.U.M. Todos ellos exigían la libertad inmediata de los detenidos, y como una consigna formulaban la pregunta: "¿Dónde está Nin?".

Nuestra prensa desencadenó una furiosa ofensiva que abarcaba al P.O.U.M. y a todos sus abogados políticos. Sin embargo, era necesario comenzar a dar "pruebas" de la delincuencia de los detenidos para imponer el silencio. Ahora era el Buró Político el que reclamaba los documentos demostrativos de la culpabilidad de los poumistas, para hacerlos públicos y capear el temporal que se había desencadenado contra nuestro Partido.

Uno de aquellos días, al visitar a Negrín, pude ver en la mesa del Presidente un montón de telegramas llegados de todas las partes del mundo preguntando al Gobierno dónde se encontraba Nin y protestando contra las detenciones de los dirigentes del P.O.U.M. Negrín nos pedía una solución que pusiera fin a aquel descrédito de su Gobierno dentro y fuera de las fronteras nacionales.

– No hay más remedio que tomar en las manos del Gobierno la responsabilidad del proceso contra el P.O.U.M. Al darle estado oficial, cesarán los ataques contra el trabajo de la G.P.U. como autora de este "affaire" a espaldas de las autoridades españolas, que es el punto fuerte de todas las protestas – aconsejé a Negrín.

– ¿Por qué debo comprometer a todo el Gobierno en este o asunto? – protestó Negrín.

– Porque a veces, contra la voluntad de uno mismo, es obligado sudar calenturas ajenas.

No sé de qué argumentos se valdría Negrín para convencer al señor Irujo, ministro de Justicia, católico vasco, muy poco afecto a los comunistas y francamente opuesto a hacer el juego a la G.P.U. Pero al día siguiente de esta conversación en la prensa se insertaba un comunicado oficial del Ministerio de Justicia, anunciando el procesamiento de los dirigentes del P.O.U.M., juntamente con el de algunos falangistas encabezados por el ingeniero Golfín, autor del plano milimetrado destinado a Franco, plano en el que se señalaban determinados emplazamientos militares de la capital, constitutivo de un delito de espionaje y alta traición.

Mientras las rotativas de los diarios imprimían el comunicado oficial del Ministerio de Justicia, la mano alevisa de Orlov consumaba uno de los crímenes más sucios de que se tenía memoria en los anales de la criminalidad política de nuestra historia: Nin era asesinado por los esbirros de la G.P.U. de Stalin.

Del crimen de Andrés Nin no fueron responsables solamente los autores materiales del hecho; los fuimos todos cuantos por sumisión o por temor a Moscú, pudiéndolo haber impedido, con nuestra conducta lo facilitamos. Después, la conciencia de nuestra complicidad silenció las lenguas o, como en nuestro caso, añadió la infamia al crimen. Las paredes de España se llenaron de preguntas que el pincel clandestino pintaba arriesgando la vida del autor: "¿Dónde está Nin?" Y buscando el ripio de la consonante, nuestras tropillas de Agit-Prop escribían debajo la injuria sangrienta: " ¡En Salamanca o en Berlín! "

¿Sabía el Presidente, sabía el ministro de la Gobernación, sabía el ministro de Justicia dónde estaba encerrado Andrés Nin? Si nos atenemos al testimonio de uno de los procesados, de Julián Gorkín, en su libro "Caníbales Políticos", en la página 159 encontramos esta conversación con Garmendia, Inspector General de Prisiones de Madrid, perteneciente al Partido católico vasco y amigo personal del ministro de Justicia, don Manuel Irujo, a quien el Gobierno había encargado el traslado de los detenidos del P.O.U.M. de Madrid a Valencia. Dice así:

"Me lleva (Garmendia) aparte y mantenemos una interesante conversación.

– "Nada teman – dice–. Llegarán ustedes vivos a Valencia. Se lo he prometido al Gobierno. Les acompañará un capitán de Asalto de toda mi confianza al mando de cincuenta números. No van para vigilarles, sino para protegerles.

"Se muestra muy interesado por conocer nuestras posiciones políticas. Después me dice en tono sincero:

– "Conozco a fondo el asunto de ustedes. No creo que les pase nada. El ministro de Justicia está dispuesto a dimitir antes que permitir que se corneta con ustedes un crimen político.

"Le pregunto por Andrés Nin. Me confía:

– "El Gobierno me tiene ordenado que descubra su paradero. Tomaría ahora mismo mi auto y pararía a la puerta del edificio donde se encuentra. Pero para rescatarle necesitaría unas fuerzas militares que el Gobierno se niega a poner a mi disposición.

– "¿Por qué?

– "Teme, quizá, las consecuencias. Habría que librar una verdadera batalla con otras fuerzas militares. Usted quizá no sospecha todo lo que hay detrás del asunto del P.O.U.M."

Si este relato es verídico, el Gobierno pudo y no quiso, o no se atrevió, a rescatar a Nin. Me inclino a creer que no se atrevió. Era mucho el peso de la "ayuda" soviética en la voluntad de los ministros, y era mucha la osadía y el descaro con que procedían los agentes de la policía de Stalin en España.

[...]

Andrés Nin, el antiguo amigo de Lenin, de Kamenev, Zinoviev y Trotski, fue asesinado en España por la misma mano que en Rusia había exterminado físicamente a toda la vieja guardia bolchevique. El crimen fue así:

Orlov y su banda secuestraron a Nin con el propósito de arrancarle una confesión "voluntaria" en la que debería reconocer su función de espía al servicio de Franco. Expertos los verdugos en la ciencia de "quebrar" a los prisioneros políticos, en obtener "espontáneas" confesiones, creyeron encontrar en la enfermiza naturaleza de Andrés Nin el material adecuado para brindar a Stalin el éxito apetecido.

En días sin noche, sin comienzo ni fin, en jornadas de diez y veinte y cuarenta horas ininterrumpidas, tuvieron lugar los interrogatorios. Quien de ello me informó tenía sobrados motivos para estar enterado. Era uno de los ayudantes de más confianza de Orlov, el mismo que había luego de ponerme en antecedentes sobre el proyecto de asesinato de Indalecio

Prieto. Con Nin empezó empleando Orlov el procedimiento "seco". Un acoso implacable de horas y horas con el "confiese", "declare", "reconozca", "le conviene", "puede salvarse", "es mejor para usted", alternando los "consejos" con las amenazas y los insultos. Es un procedimiento científico que tiende a agotar las energías mentales, a desmoralizar al detenido. La fatiga física le va venciendo, la ausencia del sueño embotándole los sentidos y la tensión nerviosa destruyéndole. Así se le va minando la voluntad, rompiéndole la entereza. Al prisionero se le tienen horas enteras de pie, sin permitirle sentarse hasta que se desploma tronchado por el insoportable dolor de los riñones. Alcanzado este punto, el cuerpo se hace espantosamente pesado y las vértebras cervicales se niegan a sostener la cabeza. Toda la espina dorsal duele como si la partieran a pedazos. Los pies se hinchan y un cansancio mortal se apodera del prisionero, que ya no tiene otro afán que el de lograr un momento de reposo, de cerrar los ojos un instante, de olvidarse de que existe él y de que existe el mundo. Cuando materialmente es imposible proseguir el "interrogatorio", se suspende. El prisionero es arrastrado a su celda. Se le deja tranquilo unos minutos, los suficientes para que recobre un poco su equilibrio mental y comience a adquirir conciencia del espanto de la prolongación del "interrogatorio" monótono, siempre igual en las preguntas e insensible a las respuestas que no sean de plena inculpación. Veinte o treinta minutos de descanso son suficientes. No se le conceden más. Y nuevamente se reanuda la sesión. Vuelven los "consejos", vuelve el tiempo sin medida en que cada minuto es una eternidad de sufrimiento y de fatiga, de cansancio moral y físico. El prisionero acaba desplomándose con el cuerpo invertebrado. Ya no discute, ni se defiende, no reflexiona, sólo quiere que le dejen dormir, descansar, sentarse. Y se suceden los días y las noches en implacable detención del tiempo. Del prisionero se va apoderando el desaliento, produciendo un desmayo en la voluntad. Sabe que es imposible salir con vida de las garras de sus martirizadores y su anhelo se va concentrando en un irrefrenable deseo de que le dejen vivir en paz sus últimas horas o de que lo acaben cuanto antes. "¿Quieren que diga que sí? Quizá admitiendo la culpabilidad me maten de una vez." Y esta idea comienza a devorar la entereza del hombre.

Andrés Nin resistía increíblemente. En él no se daban los síntomas de ese desplome moral y físico que llevó a algunos de los más destacados colaboradores de Lenin a la inaudita abdicación de la voluntad y firmeza revolucionarias, a esa absurda consideración de que "Stalin es un traidor, pero Stalin no es la revolución, ni es el Partido y, puesto que mi muerte es inevitable, voy a hacer el último sacrificio a mi pueblo y a mis ideales, declarándome contrarrevolucionario y criminal, para que viva la revolución". ¡Con qué asombro el mundo entero escuchó a estos prohombres de la revolución rusa infamarse hasta la abyección, sin que de sus labios saliera una palabra condenatoria para el estrangulador de esa misma revolución que con su silencio querían salvar! Se ha hablado de drogas especiales cuyo secreto poseen los rusos. No creo en tal versión. De no admitir esa desquiciada idea de "servir a la revolución" in artículo mortis, creería, sí, en el juego de ciertas consideraciones humanas que llevan al hombre que se sabe definitivamente perdido, a tratar de salvar a sus hijos o a su esposa o a sus padres de la venganza del tirano, a cambio de su "confesión".

Nin no capitulaba. Resistía hasta el desmayo. Sus verdugos se impacientaban. Decidieron abandonar el método "seco". Ahora sería la sangre viva, la piel desgarrada, los músculos destrozados, los que pondrían a prueba la entereza y la capacidad de resistencia física del hombre. Nin soportó la crueldad de la tortura y el dolor del refinado tormento. Al cabo de unos días su figura humana se había convertido en un montón informe de carne tumefacta. Orlov, frenético, enloquecido por el temor al fracaso, que podía significar su propia liquidación, babeaba de rabia ante aquel hombre enfermizo que agonizaba sin "confesar", sin comprometerse ni querer comprometer a sus compañeros de Partido, que con una sola palabra

suya hubieran sido llevados al paredón de ejecución, para regocijo y satisfacción del amo de todas las Rusias.

Se extinguía la vida de Nin. En la calle de la España leal y en el mundo entero arreciaba la campaña exigiendo el conocimiento de su paradero y su liberación. No podía prolongarse durante mucho tiempo esa situación. Entregarlo con vida significaba una doble bandera de escándalo. Todo el mundo hubiera podido comprobar los espantosos tormentos físicos a que se le había sometido y, lo que era más peligroso, Nin podía denunciar toda la infame trama montada por los esbirros de Stalin en España. Y los verdugos decidieron acabar con él.

Los profesionales del crimen, pensaron en la forma. ¿Rematarle y dejarle tirado en una cuneta? ¿Asesinarle y enterrarle? ¿Quemarle y aventar sus cenizas? Cualquiera de esos procedimientos acababa con Nin, pero la G.P.U. no se libraría de la responsabilidad del crimen, pues era notorio y público que era ella la autora del secuestro. Había, pues, que buscar un procedimiento que, al mismo tiempo que liberaba a la G.P.U. de la responsabilidad de la "desaparición", inculpara a Nin, demostrando su relación con el enemigo.

La solución, al parecer, la ofreció la mente encanallada de uno de los más desalmados colaboradores de Orlov, el "comandante Carlos" (Vittorio Vidali, como se llama en Italia o Arturo Sormenti y Carlos Contreras, como había hecho y se hacía llamar en México y en España). El plan de éste fue el siguiente: Simular un rapto por agentes de la Gestapo camouflados en las Brigadas Internacionales, un asalto a la casa de Alcalá, y una nueva "desaparición" de Nin. Se diría que los nazis lo habían "liberado", con lo cual se demostrarían los contactos que Nin tenía con el fascismo nacional e internacional. Mientras tanto a Nin se le haría desaparecer definitivamente y, para no dejar huella, se le tiraría al mar. La infame tramoya era burda, pero ofrecía una salida.

Un día, aparecieron amarrados los dos guardianes que vigilaban al prisionero en la casa de Alcalá de Henares (dos comunistas con carnet de socialistas); declararon éstos que un grupo como de diez militares de las Brigadas Internacionales, que hablaban alemán, habían asaltado la casa, les habían desarmado y amarrado, habían abierto la celda del prisionero y se lo habían llevado en un automóvil. Para dar más visos de realidad al siniestro folletín, en el suelo de la habitación de Nin se encontró tirada su cartera conteniendo una serie de documentos que demostraban sus relaciones con el servicio de espionaje alemán. Para que nada faltase hasta se encontraron algunos billetes de marcos alemanes.

Tres preguntas son suficientes para poner al desnudo la infame mentira de la historia inventada por la banda de Orlov.

Si la escritura que aparecía en el dorso del plano milimetrado del ingeniero Golfín correspondía a la caligrafía de Nin, ¿por qué no entregarle a las autoridades juntamente con la prueba? ¿Para qué se precisaba otra?

Si se torturó bestialmente a Nin para arrancarle una confesión que le comprometiera ¿cómo se explica que pasara desapercibida para la G.P.U. la existencia de una cartera llena de pruebas de espionaje, que después aparece tirada en el suelo del calabozo, y cómo a Nin no se le ocurrió destruir esas pruebas?

Si la casa-prisión de Alcalá de Henares estaba tan custodiada que Garmendia, inspector general de Prisiones en Madrid, declaraba que no rescataba a Nin de su encierro porque el Gobierno se negaba a facilitarle la fuerza necesaria, pues tendría que librar una batalla con los rusos, ¿cómo se explica que sólo ocho o diez hombres la asalten tranquilamente, sin disparar un tiro, que penetren impunemente hasta donde están los guardianes, los reduzcan y se lleven al preso?

Por la versión de quien mantenía contacto directo con Orlov pude más tarde reconstruir estos hechos. Pero del asesinato de Andrés Nin tuve la certidumbre plena al día siguiente de consumado el crimen. La compañera X me hizo saber que había transmitido un mensaje a Moscú en el cual se decía: "Asunto A. N. resuelto por procedimiento A."

La iniciales coincidían con las de Andrés Nin. El procedimiento "A" ¿qué podría ser? La absurda versión del "raptó" por agentes de la Gestapo delataba el crimen de la G.P.U. Luego la "A", en el código de la delegación soviética, significaba muerte. De no haber sido así, la delegación, esto es, Togliatti, Stepanov, Codovila, Guéré, etc., hubieran transmitido cualquier cosa menos la de "asunto resuelto".

El proceso que se siguió contra los demás dirigentes del P.O.U.M. fue una grosera comedia montada sobre papeles falsificados y declaraciones arrancadas a miserables espías de Franco, a quienes se prometía salvar la vida (después eran fusilados) si declaraban que habían mantenido contacto con los hombres del P.O.U.M. Magistrados y jueces condenaron porque tenían que condenar y porque les ordenaron que condenasen. Las "pruebas", en cuya "elaboración" documental intervino muy activamente W. Rocés, resultaron tan huecas y falsas que ninguno de ellos pudo ser llevado al paredón de ejecución (a pesar de haberse editado un libro con todos los documentos del supuesto espionaje, libro prolongado por José Bergamin), y unos fueron puestos en libertad y otros condenados a penas no mayores de 15 años "por la participación de los procesados en la sublevación anarco-poumista del 5 de mayo de 1937 en Barcelona", movimiento en el que el P.O.U.M nunca había negado su participación activa.

El derrumbe de Cataluña facilitó la liberación de todos los condenados.

## **Santiago Carrillo**

Santiago Carrillo (1915-). Secretario General del *Partido Comunista de España* (PCE) 1960-1982. Publicó su libro *Eurocomunismo y Estado* en 1977 (Ed. Crítica, Barcelona).

### **Extracto de *Eurocomunismo y Estado***

Andreu Nin desapareció tras el putsch de mayo de 1937 en Barcelona. Una versión le dio como asesinado por alguna policía paralela; otra como huído al campo fascista. Todo lo que se ha sabido tras la guerra o más bien cuanto se pueda deducir de lo sabido, confirma sin duda que Andreu Nin fue asesinado y no intentó huir al campo enemigo.

Yo puedo decir que el Partido Comunista, sus órganos dirigentes, no tuvo ninguna responsabilidad material en ese hecho y que si algún comunista participó individualmente en él – lo que ignoro – lo hizo por su cuenta y no por decisión del partido.

## **Fernando Claudín**

En 1933 Fernando Claudín (1915-1990) ingresó en las Juventudes Comunistas. Miembro del Partido Comunista de España (PCE) durante la guerra civil. En exilio en Méjico y la Unión Soviética. Miembro del Comité Central, Comité Ejecutivo y el Buró Político. A partir del año 1960 surgió divergencias políticas entre Claudín y el Secretario General Santiago Carrillo. Expulsado del PCE en 1965. Regresó a España en 1975 (tras la muerte de Franco).

Su libro *La crisis del movimiento comunista* se publicó en 1970 (Ruedo Ibérico)

### **Extracto de *La crisis del movimiento comunista***

Después de las sangrientas jornadas de mayo vino final de la persecución contra el POUM, cuya crónica reconocida. (Véase, entre los escritos recientes sobre el ponderado artículo de

Juan Andrade, en *La Batalla* enero de 1967.) Agregamos, por nuestra parte, que la represión contra el POUM, y en particular el odioso asesinato de Andrés Nin, es la página más negra en la historia del Partido Comunista de España, que se hizo cómplice del crimen cometido por los servicios secretos de Stalin. Los comunistas españoles estábamos, sin duda, alienados – como todos los comunistas del mundo en esa época y durante muchos años después – por las mentiras monstruosas fabricadas en Moscú. Pero eso no salva nuestra responsabilidad histórica. Han pasado catorce años desde el XX Congreso y el PCE no ha hecho aún su autocritica, ni ha prestado su colaboración al esclarecimiento de los hechos. Suponiendo – cosa bastante probable, a nuestro conocimiento – que los actuales dirigentes del PCE no puedan aportar gran cosa a lo que ya es sabido, sí podrían exigir del PCUS que revelara los datos que sólo él posee. El caso de Nin pertenece a la historia de España, no sólo a la de la URSS.

## Georges Soria

El periodista comunista francés Georges Soria era uno de los más celosos propagandistas prosoviéticos de la época y corresponsal en España del diario comunista *L'Humanité* (y agente del NKVD<sup>5</sup>) durante la guerra civil española. Por ejemplo, en noviembre 1937 escribió:

”El POUM estaba deseoso de mantener el estado de desorden tanto como fuese posible, porque éstas eran las órdenes que había recibido del general Franco...”<sup>6</sup>

Cuarenta años más tarde Soria (en su libro *Guerra y revolución en España*, Barcelona 1978) atribuye las acusaciones contra el POUM como agentes del Franco y de la Gestapo al ”estalinismo” soviético y deniega la responsabilidad del PCE (pero sin decir nada sobre su propio papel en la campaña contra POUM).

### Extracto de *Guerra y revolución en España*<sup>7</sup>

Uno de los dirigentes del POUM, Andreu Nin, fue detenido en Barcelona y desapareció en circunstancias misteriosas que, por no haber sido aclaradas sobre la marcha, serán todavía por mucho tiempo objeto de múltiples especulaciones.

A raíz de ello surgió una polémica y se crearon tensiones cuyo contenido debe ligarse al contexto general de la época.

Se acusó al PCE de haber secuestrado a Andreu Nin y de haberlo dejado ejecutar.

Si tenemos en cuenta que en 1937 la lucha contra el trotskismo estaba en su apogeo en la URSS, que las acusaciones lanzadas en España contra Nin en forma de pareado: “¿Dónde está Nin? En Salamanca o en Berlín”, recordaban las de los procesos de Moscú, donde los inculcados eran acusados, de entrada, de pertenecer a la Gestapo, se verá que no se trataba de una simple coincidencia, sino, pura y simplemente, de la prolongación, en el plano internacional, de los métodos que constituyeron el aspecto más sombrío de lo que se ha llamado desde entonces estalinismo.

De los numerosos testimonios recogidos y publicados sobre este tema parece deducirse con claridad que la desaparición de Nin se debía a las maquinaciones de la inquietante figura de Orlov, importante personaje de la NKVD en España [...].

<sup>5</sup> Eso se sabe ahora gracias a los archivos del agente ruso Orlov

<sup>6</sup> *International Press Correspondence*, 11 de noviembre de 1937.

De los escritos de Soria sobre POUM, el más diseminado es un folleto con el título *El trotskismo al servicio de Franco* (publicado en 1938 y traducido a varios idiomas), que se basaba en los artículos periodísticos que desde 1937 venía publicando él mismo en la prensa comunista internacional.

<sup>7</sup> Georges Soria, *Guerra y revolución en España*, volumen 3, pag. 78-79

Esta flagrante intervención en los asuntos internos españoles tuvo serias consecuencias en el campo republicano.

Puso en dificultades durante un largo período a los comunistas (acusados desde la prensa de ser los autores de esa desaparición), enfrentándolos con las dos fracciones del PSOE (la de Largo Caballero y la de Prieto), con la Izquierda Republicana, Unión Republicana, el PNV (Partido Nacionalista Vasco, del que formaba parte Manuel de Irujo, el ministro de Justicia cuyas funciones habían quedado mermadas), Esquerra de Catalunya y la CNT-FAI.

Ante el hecho consumado del secuestro de Andreu Nin, el PCE negó con energía cualquier relación con este asunto.

Pero no por ello amainó la polémica que se había desatado y que iba a dificultar las relaciones del PCE con los demás partidos y organizaciones de la coalición antifascista hasta el inicio, en 1938, del proceso a los dirigentes del POUM.

Durante las vista, el ministro público no utilizó la acusación proferida hasta entonces contra ellos (espías al servicio de Franco), sino que se redujo a la de “sedición”, a raíz de la sublevación de Barcelona.

Desde una perspectiva histórica, esa situación sugiere dos observaciones.

Por un lado, la acusación a los dirigentes del POUM, entre ellos Andreu Nin, de ser “agentes de la Gestapo y de Franco” no era sino una patraña, pues no fue posible presentar ni el más mínimo indicio de prueba.

Por otro lado, si bien los dirigentes del POUM no eran ni agentes de Franco ni de la Gestapo, es cierto que su lucha sin cuartel el Frente Popular hizo *volens nolens* el juego al Caudillo.

## **Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC)**

### **Declaración de *Treball* sobre Andreu Nin**<sup>8</sup>

La Fundación Andreu Nin ha enviado una carta al PSUC. En ella explican las acciones que han emprendido para conseguir el esclarecimiento de la desaparición y muerte de este gran dirigente del POUM. Coincidiendo con el período de *glasnot* (transparencia) abierto en la Unión Soviética, la Fundación reclama el acceso a los archivos y testimonios de aquel país. Ahora se están recogiendo firmas para una carta dirigida a diversas personalidades y organismos soviéticos, entre ellos Mijail Gorbachov. Nos han pedido que el PSUC se adhiera a sus solicitudes y realice gestiones para obtener una respuesta positiva. También reclaman nuestra adhesión colectiva y explícita. Además, la Fundación reclama de *Treball* una rectificación de “las calumnias que durante el año 1936 y siguientes se publicaron en los órganos del PCE y del PSUC, donde se acusaba a Nin y a sus compañeros del POUM de agentes a sueldo del fascismo”.

Este editorial se propone responder con toda claridad y solemnidad a las demandas solicitadas. Y lo hace claramente en un sentido positivo. Hace muchos años que el PSUC revisó críticamente los graves errores cometidos en el período estalinista. Estos errores no disminuyen el heroísmo y los aciertos que prodigó nuestro partido durante la guerra y en el largo período franquista posterior. En esta revisión no ahorramos la discusión sobre los hechos de mayo de 1937, de los que todavía hay muchas versiones legítimas. Recomendamos al que quiera profundizar en el tema la lectura de un artículo de Gregorio López Raimundo

---

<sup>8</sup> Publicada en *Treball*, órgano del PSUC en diciembre de 1989, en el marco de una campaña desarrollada por la Fundación Andreu Nin para la apertura de los archivos soviéticos a la investigación sobre el asesinato de Andreu Nin. Traducción del catalán.

sobre aquellos hechos que aparece en el libro editado recientemente por la revista *Nous Horitzons*. En lo que se refiere a la muerte de Andreu Nin, consideramos necesario investigar los hechos reales. La hipótesis de la intervención de agentes estalinistas parece bastante probable para muchos de los conocedores de la materia. Si en la investigación aparecen responsabilidades ligadas al PSUC, no seremos nosotros los que las escondamos, sino todo lo contrario; muchos hechos de nuestra historia reciente demuestran la voluntad de transparencia que nos guía.

Andreu Nin forma parte del cuadro de honor de los dirigentes de la izquierda catalana de este siglo. El conocimiento de su vida (y de su muerte) es una asignatura que tenemos que estudiar todos los que nos consideramos herederos de su generación. Por lo tanto, el PSUC y *Treball* rectifican una vez más, formal y definitivamente, cualquier calumnia contra Andreu Nin, se adhieren a las iniciativas de la Fundación Andreu Nin y abren las páginas de sus publicaciones a todas aquellas contribuciones que nos puedan llegar en memoria de este histórico dirigente del POUM.